

Cuando el arte vive en rojo

David Daza Gutiérrez

Periodista egresado de la Universidad de Antioquia. Escribo crónicas y reportajes porque un día mi padre, entre cuentos y caminatas, me enseñó el poder de las narraciones y me enamoró de las historias. El circo es un amor que llega desde niño. Desde infante crecí con la banda sonora y los discos para reproducir en formato DVD del Circo del Sol.

En el tejido de Medellín, los circos, una vez estandartes de la cultura popular, enfrentan un futuro incierto. La decadencia de estos emblemáticos espectáculos ha suscitado una preocupación acerca de los desafíos que enfrenta esta tradición arraigada a la cultura mundial. En un escenario marcado por la evolución acelerada del entretenimiento y el cambio cultural, los circos luchan por mantener su relevancia y atractivo para las audiencias contemporáneas, no solo en la ciudad de Medellín, también en el mundo.

El cielo es la carpa más grande en la historia del circo. Ese lugar de guerra donde no hay lonas de colores ni gradas, pero sí espectadores que esperan, con todos los estados de ánimo posibles y sin darse cuenta, un instante de asombro en medio del caos de la rutina cotidiana. Bajo cada uno de los cielos inmensos, que tanto pueden brillar con el sol como amenazar con la lluvia, los artistas de circo callejeros hacen del espacio urbano su escenario.

En Medellín sí que hay de esos guerreros que convierten el asfalto de San Juan, la 80, Guayabal, la 10 y demás avenidas principales en teatros donde la duración del número depende del temporizador de cada semáforo. Cuando la luz verde llega, el espectáculo termina. Los carros arrancan, los artistas recogen sus objetos con una sonrisa cansada y esperan el minuto que duran los mejores semáforos. Porque lo tienen claro: “Los buenos son los que duran sesenta segundos o están en glorietas, eso en los de treinta no rinde trabajar”, afirma Brayan mientras descansa en su minuto de reposo en la glorieta de la 80, a la altura del Centro Comercial Arkadia. Esos puntos de la ciudad donde los carros circulan más despacio le permiten alargar un poco más el espectáculo, jugar con los tiempos, ser más que una simple interrupción en la rutina del tráfico.



Figura 1. Brayan contorsionando su mano derecha

Nota. Brayan conoce la dinámica de los semáforos. Sabe a qué hora debe estar en cada uno.

Fuente: fotografía propia.

Brayan, como muchos deportistas reconocidos, sacó provecho de una condición morfológica y aprendió a trabajar con ella. Mientras la luz está en rojo, pasa su mano derecha por detrás de la espalda, casi hasta la altura de la cintura, y saluda a los espectadores que miran con una mezcla de curiosidad y desconcierto. Su mano se alza con una elegancia que contrasta con la rudeza del asfalto y dibuja un gesto de saludo casi invisible, pero lleno de intención: recoger las monedas mientras avanza. Ha perfeccionado cada movimiento, entiende que en esos pocos segundos cada detalle cuenta. No es solo cuestión de habilidad, es cuestión de presencia, de hacer que los ojos de quienes están al otro

lado del vidrio lo sigan, aunque solo sea por un instante. “Espere que después hablamos, vea que tengo que hacer la liga”. El semáforo cambiará de nuevo y con él volverá la magia de esas manos de fantasía que recogen las monedas con las que sostiene a su familia: “ojo pues con la liga que dijo que me iba a dar”.

En Medellín el circo se ha apropiado de las calles. La competencia es cada vez mayor y los secretos de este oficio se guardan como reliquias. Los semáforos son el sustento de muchos artistas que no logran concretar eventos privados y viven de sus presentaciones. Cada luz en rojo es una oportunidad, un nuevo acto que comienza, donde pelotas, clavos, brazos, hula-hula, bocanadas de fuego y machetes vuelan y bailan en el aire por encima de los carros mientras dibujan figuras en menos de un minuto. El pan llama y las oportunidades escasean. La calle es la solución a la falta de oportunidades en esos circos estables.

Las primeras funciones de los espectáculos de carpa se presentaron por la idea de Philip Astley —sargento comandante inglés y jinete visionario— de mostrar en un escenario la práctica del arte ecuestre de finales del siglo XVIII. Estos escenarios eran tan fijos que las pocas puertas que tenían eran para la entrada y la salida de los caballos. El primero de ellos fue el Astley’s Amphitheatre, una edificación que el mismo Astley remodelaba para enseñar a los nuevos aprendices el arte de la equitación. Con ello se dio origen al llamado circo tradicional, un formato que suele estar organizado en una carpa y presenta un espectáculo que sigue una secuencia de actos introducidos por un maestro de ceremonias. Los números se desarrollan en una pista central y suelen ser variados, con malabaristas, trapeceistas, payasos, acróbatas, equilibristas o animales entrenados.

También existe una variante contemporánea, un formato que no sigue una estructura rígida. En esta, los espectáculos tienen una narrativa o un tema central que unifica todos los actos; combinando acrobacias, danza, teatro y música para crear experiencias inmersivas centradas en la innovación y la fusión de disciplinas. Los espectáculos se pueden adaptar a cualquier tipo de espacio.

Bajo la carpa invisible todo se vale. No hay formatos tradicionales o contemporáneos, tampoco hay redes de seguridad bajo sus pies: a los equilibristas del semáforo de la 80, llegando al puente de la Aguacatala, los aguarda el césped duro y frío del separacalles.

El riesgo, más que nunca, es parte de un espectáculo en el que los artistas tienen que buscar la manera de destacar sobre la competencia. Teodoro y Yesica lo saben y lo tienen claro: “Uno ya sabe los truquitos. A nosotros, por ejemplo, nos gusta mucho salir temprano, tipo 6:30 o 7:00, que la gente va a trabajar y no está cargada de las presiones del día. Cuando lo ven a uno dicen: ‘qué muchachos tan trabajadores, vea cómo madrugan’, y más fácil nos dan platica. A esa hora todo el mundo está más abierto a colaborar”.

Esta pareja de artistas lleva más de doce años en este mundo. Son de Bogotá, pero hace una década fundaron en Medellín Taka Circo, un dúo multidisciplinario que llegó a la industria por casualidad y ejecuta equilibrio, trapecio, hulahula, malabares, danza y teatro. Yesica tiene 31 años. Estaba estudiando Comunicación Social y Periodismo en Bogotá cuando conoció, por un trabajo académico, la corporación Circo Ciudad: “Yo fui a buscar fuentes para la tarea y me dijeron que me hablaban si me ponía a entrenar con ellos, ahí fue que empezó mi vida en esto”. Conoció a Teodoro, bogotano también, y fundaron Taka Circo. Ella menciona sobre los inicios de él que “la historia de Teo fue más cómica. Una vez lo cogió una batida del ejército y le dijeron que podía prestar el servicio en el circo institucional de ellos, que el ejército también tenía sus artistas y sus espectáculos, allá empezó en este mundo”.

Teodoro y Yesica Trabajan en las calles porque no los contratan para eventos privados: “La gente dice que los eventos que hacemos son muy costosos, pero van a las fiestas y les cobran ochocientos mil pesos por el maquillaje y eso sí lo ven superbarato. Nosotros trabajamos todo tipo de eventos, bodas, cumpleaños, bautizos..., trabajamos hasta en los colegios y tenemos la capacidad de adaptarnos a todo público con la temática que pidan los clientes”.

En la calle escasean los aplausos. Para muchos de estos artistas el circo es su único refugio, su forma de resistencia. La realidad pesa tanto como el asfalto sobre el que trabajan, y aunque el cielo esté allí, inmenso y abierto, no siempre es fácil alcanzar sus promesas. “A uno le va bien o mal dependiendo de muchas cosas: el clima, la fecha..., hasta la selección Colombia: si ellos van a jugar y uno tiene la camiseta le apoyan más. Nosotros tratamos de buscar puntos de empatía con la gente”.

La situación en las carpas tradicionales es difícil. Marcas inmensas, como el Circo del Sol, entraron en quiebra tras la pandemia y para el año 2020 la deuda superaba los novecientos millones de dólares. Corporaciones históricas como el Ringling Brothers and Barnum & Bailey Circus —conocido como el circo más viejo del mundo por haberse presentado de manera ininterrumpida por 146 años— cerraron por razones económicas durante los últimos años, argumentando los costos masivos que implica mover y mantener un circo de este tipo. La poca asistencia de público ha hecho que muchos artistas prefieran las calles y la oferta es cada vez mayor: “A la gente sí le gusta el circo, pero no le gusta o no le interesa el talento local, en los eventos van los participantes del mismo gremio o la familia de los artistas, pero cuando viene Gasca o el Circo del Terror no entran menos de 100 personas al día, con dos o tres funciones diarias, y los fines de semana *full*. A uno en una presentación le darán 30 mil pesos cuando lo contratan en un circo; normalmente aquí un día malo está en 25, pero los días buenos nos podemos hacer 70 u 80, eso es muy cambiante”.

La competencia del semáforo es disputada con otros gremios. Vendedores ambulantes, limpiavidrios, malabaristas y hasta quienes reparten volantes, todos convergen en esos breves instantes en los que la luz roja detiene la ciudad. Cada uno, con su propia estrategia para captar la atención de los conductores, lucha por unos segundos de contacto visual o por un gesto de reconocimiento que, en el mejor de los casos, se traduce en unas cuantas monedas. Dice Yesica que “Mucha, mucha, mucha gente está trabajando en las calles. Bastantes señores que, por ejemplo, vivieron la vida loca en su juventud y ahora tienen sesenta o setenta años y no consiguieron una pensión, entonces les toca salir a vender dulces o cualquier cosa, o nuestros queridos vecinos hermanos venezolanos que también tienen sus hijos que están creciendo y no tienen muchas más posibilidades. A comparación de hace dos años, ha disminuido mucho la ganancia en semáforos”.

“Todos los semáforos dan plata”, dice Yesica. Teme la competencia y eso es claro: “Espere, esa información a quién se la va a dar, porque si se van a dar cuenta de cuáles son los buenos, no se la voy a decir”, atina entre risas nerviosas. “El de Cristo Rey es muy bueno, también los de El Poblado, aunque siempre va a variar según los días y lo que pase”.

La pérdida de la capacidad de asombro es otro enemigo del circo en la actualidad. Antes, el circo era un fenómeno casi mágico. La llegada de las carpas era un evento que generaba un murmullo de expectación entre los asistentes, sin importar la clase social, porque, como cita Carlos Álvarez a Dora Alonso en sus presentaciones: “Nadie puede ser tan pobre, tan pobre, que no tenga entre sus recuerdos haber asistido a un circo”. Sin embargo, Yesica y Teodoro son conscientes de que ahora, para ese público que ha sido educado en la gratificación instantánea, todo parece fácil:

La gente no sabe que lo que uno hace es muy difícil y dicen: "Ay, pero siempre lo mismo". A uno le da hasta risa: "hágale, mi amor, la próxima me voy a esforzar un poquito más". En esta ciudad la cosa está evolucionando, pero no tenemos tanto apoyo estatal como en Cali, que tienen la única escuela, Circo para Todos, o en Bogotá que mucha gente que viaja al exterior vuelve para retroalimentar ese conocimiento. El proceso que se está llevando aquí es el que desde hace diez años se hace en la capital. Allá se dedican a hacer cosas que aquí no han llegado, como básculas o perchas. El circo en Medellín, en calidad, es muy suave, y el Estado lo sabe; ellos también son un cliente y si están insatisfechos entonces para qué van a dar recursos, esa es la pelea que se tiene que dar la ciudad... Mucha gente nos dice que por qué no nos devolvemos entonces a Bogotá, pero nos gusta estar acá y vivir tranquilos.

Para muchos artistas la vida en la calle no es solo una elección creativa, sino una necesidad, y el ejemplo de los profesionales de circo hace que otros competidores busquen herramientas para aumentar sus ingresos. Habitantes de calle como Juan Esteban agradecen las monedas que les estiran desde las ventanas después de su acto de sostener un pequeño tronco de madera en el aire, golpeándolo con otros dos en sus extremos, en la glorieta de don Quijote de la 80 con la 35: "Con bendición, mijo, que esto es para dormir con frío, pero no con hambre", dice a un carro que le entregó un billete de dos mil.

La calle requiere más que ganas para vivir de ella. No solo Juan Esteban hace sus juegos con madera, Jonathan también los ejecuta en las noches hasta de domingos, en el semáforo del cruce peatonal de la Alpujarra sobre San Juan. Él ha superado a Juan Esteban en la maniobra: los extremos de su palo principal se sumergen en una botella de CocaCola que, al contener un líquido inflamable, los prende en fuego. Son las 11:00 de una noche lluviosa y, a pesar de la pirotecnia, los ingresos son esquivos. Solo un taxi le acerca varias monedas, él las cuenta, las deja en un vaso plástico junto a la botella de CocaCola y se sienta a esperar la próxima luz roja.

El asfalto no discrimina artistas o espectadores. En las calles no se piden pasaportes y para ellos es un arma de doble filo, un puñal que les aumenta la competencia, pero también internacionaliza sus ingresos. Sebastián, malabarista, lo sabe, y por eso considera que el semáforo de Provenza es el más rentable, incluso más que trabajar en Circo Meraki, la corporación envigadeña donde hace sus presentaciones más formales. "En el semáforo todos nos podemos mantener. Yo ya llevo 13 años en esto, aprendí en el colegio, que un parcerero me enseñó, y después me presentó al gremio". Sebastián es del Sur, siempre ha vivido en Envigado, aunque su acento no lo demuestre: "Me han dicho que hablo raro, y eso que he viajado un montón con el circo". Las travesías entre ciudades le han dado un nuevo acento y los malabares un sustento.

Sebastián disfruta mostrar su arte, aprendió en el colegio y lo profesionalizó con videos en internet y talleres por el mundo. Toma tres clavas y empieza a pasarlas por debajo de sus piernas abiertas y detrás de su espalda. Alguna alcanza a rozar su largo cabello recogido que sobresale y complica el número, pero ninguna cae. “Esto es lo más difícil que yo sé hacer, se llaman Alberts; ahí se lo hice con tres, pero soy capaz de sacarlos hasta con 5”. Mientras habla toma una clava y la posa en su cabeza para seguir haciendo malabares con otras cuatro. Una, dos, tres, cuatro..., todas parecen bailar sobre aquella que se levanta en su testa hasta que la arroja hacia atrás para golpearla de espuela y continuar, ahora, manipulando las cinco.

“El malabar ya no está tan valorado, ahora a la gente solo le gusta ver que nos tiremos a matar, creen que esto es muy fácil y es puro desconocimiento, por eso no le dan valor, y eso que uno aquí vive con los dedos rasgados y aporreados. En Medellín se ha dejado a un lado las otras disciplinas que no dependen de la fuerza, ahora creen que lo hacemos solo para parchar”. El malabarista toma agua y sigue volando las clavas mientras habla. El circo es su única fuente de sustento y a sus 27 años le ha sacado todo el provecho: “Uno puede vivir de esto si es organizado y sabe gestionar el talento... No es fácil, pero se puede mandar convocatorias, buscar semáforos buenos, presentarse a audiciones y llenar un voleo de papeleo que piden siempre”.

La llegada de extranjeros a El Poblado ha valorizado el arte callejero. Los dólares ingresaron al mercado zonal y los intérpretes aprovechan estas oportunidades. “Uno tiene que ser rápido porque a veces ni siquiera te ven o solo se ríen con uno, pero ellos son los más amplios. Con los locales depende de muchos factores: si pierde Nacional o la Selección, es bobada salir a trabajar al día siguiente, con seguridad”.

Sobresalir es cada vez más complicado, sobrevivir sí que más. Dispersos en la ciudad, los artistas buscan oportunidades en calles, presentaciones y cualquier evento ciudadano. El circo incursionó hasta en discotecas, como Bora Bora, ahora disfrazado bajo el nombre de “experiencias”, como si quisieran esconder un arte en crisis. Allí los artistas se presentan y reemplazan la famosa “hora loca” por trajes y carantoñas como un factor diferencial que atrae otro público. Malabaristas en zancos, payasos corriendo entre las mesas y mujeres sujetadas de las telas acompañan la fiesta que se tiñe de colores.

El cielo de Medellín seguirá siendo la carpa más grande. Los semáforos no cesarán en su cambio de luces y los artistas continuarán volando. La luz verde llega, el espectáculo termina. Los carros arrancan, los artistas recogen sus objetos con esa sonrisa cansada. El semáforo cambiará de nuevo, y con él, volverá la magia. Aunque no haya aplausos y las luces del semáforo dicten el fin de cada función, para ellos, cada acto es un triunfo en un escenario sin

límites, donde lo único constante es la necesidad y la promesa de volver a intentarlo en la próxima luz roja.

En Colombia hay registrados 3043 agentes circenses, según el informe *Cartografía del teatro y circo en Colombia*, publicado en 2020 por el Ministerio de Cultura. Los agentes circenses son todos aquellos entes que hacen parte del proceso de formación, presentación y divulgación artística en un circo; desde directores, actores, educadores, escenógrafos, corporaciones artísticas, promotores y demás. Con 236 agentes, Antioquia cuenta con el 57,1 % de los 413 agentes circenses de la región cafetera, compuesta por los departamentos de Chocó, Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda.



Figura 2. Carlos en escena

Nota. Carlos tiene cara de payaso. Facciones que parecen esculpidas por la risa y el asombro.

Fuente: fotografía propia.

En la ciudad el circo se ha apropiado de las calles, pero también de los espacios baldíos que pueden ser oportunidades para carpas que quieran echar raíces, como la lona del Circo Medellín, un barco capitaneado por su director, Carlos Álvarez. Él no solo dirige el navío, es la encarnación física de su carpa, esa tela de franjas azules y rojas, con capacidad para trescientas personas, que compró en Bogotá hace dieciséis años por cincuenta millones de pesos y que, como representación de un navío que se pierde entre los océanos, casi parece una barca anclada en el Cerro Nutibara. “Al principio no la supimos armar. Tuvo que venir el viejo Caspa... Caspita, como le decíamos, que era un capataz de los buenos y nos ayudó”. Afirma el *clown* mientras su boca dibuja una sonrisa.

Como en los barcos, un circo necesita de ese hombre hábil con las herramientas, aquel que sepa montar los mástiles y corregir las banderas. Dicho personaje se

llama capataz y es el encargado de dirigir el montaje y el desmontaje de las carpas itinerantes o fijas.

Las partes rojas en la lona son un problema porque el sol pasa por ahí y hace que todo se vea rojo. La ventaja es que eso sale muy fino, lo que sí es que hay que cambiarle el plástico, porque a la intemperie se empieza a rajar o a tostar por el sol; llega un ventarrón y la daña... Ya la tenemos que cambiar y no sabemos cómo

vamos a hacer, eso sale muy costoso y estos primeros meses el trabajo ha sido muy malo, si se cae en estos días nos quedamos sin trabajo, eso ya está tostado arriba, ahí sí como la canción: "todo tiene su final".

Las preocupaciones son grandes. La situación económica del Circo empeora y eso se ve en las sillas que tambalean y las ventas desabastecidas que no suplen las necesidades de los asistentes:

- ¿Me da unas papas de limón, por favor?
- Solo tenemos de pollo.
- ¿Naturales tampoco?
- Solo de pollo.

Son un circo tradicional pero no de tradición. Los números los anuncia un maestro de ceremonias con palabrería de culebrero. "Aquí no hay nada posmoderno. Tenemos una puesta en escena clásica, aunque nos dicen eso porque no venimos de una familia o dinastía como otros. Aquí todos somos aprendices de circo", dice Carlos mientras se acomoda la boina blanca como para tapar un cráneo ya quemado, como la lona de su circo.

En el Cerro Nutibara ajustan ya 14 años. Se instauraron en sus faldas en el año 2010, buscando promover la formación y la proyección artística de niños y jóvenes de los diferentes barrios de Medellín, en especial del Trece de Noviembre, sector donde nació la Corporación Titiristrastos que encabezaron Carlos y Rubén Sánchez, sacerdote español que veía la práctica circense como una herramienta de transformación social. El padre tenía como parte de su misión divina el darle actividades a esos jóvenes a quienes su edad les impedía trabajar y su situación económica estudiar, pues la mayoría eran desplazados por la violencia o huérfanos. Su primer grupo fue de veinte infantes a los que subía en su camioneta y los llevaba a almorzar con los abuelos de El Hogar de la Alegría, una comunidad liderada por Los Hermanos de la Caridad en la que cuidaban y alimentaban a los ancianos que quedaban desamparados a causa de la vejez. Esta primera camada de niños fue la semilla que necesitó para ingeniar la corporación Titiristrastos, proyecto que luego terminaría concretando, en la falda de uno de los siete cerros tutelares, el Circo Medellín en compañía de sus cómplices Diana Uribe, Hugo Roldán, Luigi Conversa y Jairo Márquez.

Armar la carpa de un circo es un ritual que despliega casi un encantamiento sobre un terreno desnudo, en el que luego se erguirá un coloso donde lo imposible se vuelve posible, y lo cotidiano místico. "Tuvo que venir un payaso llamado Pirinola, ese nos enseñó a armar y desarmar... eso es muy mágico. Todos nos emocionamos de ver cómo de un rollo de plástico guardado, unos mástiles de hierro y unas cuerdas, se alzara una estructura así de maravillosa". Es como construir un barco.

El terreno en el que se levanta el coloso se convierte en un astillero donde cada pieza se ensambla con precisión y propósito. Los mástiles se levantan como proas y sostienen las lonas que ondean como velas azules y rojas, las cuerdas son tensadas con la destreza de marineros experimentados. Cada detalle, desde el acoplamiento de las retenidas hasta la disposición de las poleas, convierte el espacio en un puerto al que llegarán visitantes de todas las edades para abordar un viaje a la niñez.

“Nosotros trajimos esta carpa y nos tocó darle una platica al payaso que nos ayudó. Éramos tan gomosos que alquilamos un camión y nos prestaron Campo Escuela en Santa Elena. Fuimos, la armamos y nos quedamos amaneciendo con ese frío. Al otro día la bajamos y ahí aprendimos ese arte”. Uno de los Titiritrastos, Élmer, fue el encargado de aprender el oficio del capataz. Él tomó los martillos y asumió el cargo, adoptó la carpa y la cuidó como una reliquia hasta que, a los siete años de armada, colapsó: “Afortunadamente habíamos tenido unos contraticos buenos con Comfama y aprovechamos esa platica para comprar el material para arreglarla. Ya sabíamos armar y desarmar, ahora nos tocaba aprender a construirla. Aprendimos a cortar la lona y la llevamos a arreglar a un taller donde hacen carpas de camión en el barrio Naranjal, solo que, imagínate eso como era de grande para llevarla hasta allá”.

Como en toda arte, la terminología del ensamblaje de una carpa de circo tiene su magia. Cuando el capataz dice “tensar la amarra” o “anclar las estacas”, no está solo dando órdenes, sino conjurando la estabilidad y la seguridad necesarias para la maravilla por venir. Cada palabra, cada frase, es un componente esencial. Las carpas, por ejemplo, se miden según su tiraje, siendo las más comunes las lonas de siete o diez de tiro. Como si fuera el radio en un círculo en caída, el tiro representa la cantidad de metros entre la punta del mástil principal sobre el que se cuelga la tela y un punto cualquiera del extremo exterior. “Esa gente en el Naranjal tenía como experiencia, porque nos entendían todo lo que les decíamos”.

La crisis del circo afectó a todos, incluso a Élmer, quien tuvo que abandonar a esa carpa que cuidaba como su hija para mantener a su familia de carne y hueso. “Ahora no tenemos capataz, Élmer se tuvo que ir para una empresa porque el trabajo ha estado muy malo. Cuando tenemos emergencias toca llamarlo y él nos ayuda”.

El Circo y Carlos llevan años enfrentando esta situación y tratan de innovar en sus números para mantenerse a flote. Fue bajo esta carpa donde se presentó por primera vez en Medellín un acto con la rueda Cyr, un anillo metálico de gran tamaño en el que un acróbata ingresa para realizar maniobras hipnóticas. Fue inventada en el año 2003 por Daniel Cyr, un acróbata canadiense, y permitió una fusión de danza, acrobacia y equilibrio.

Carlos, con una visión innovadora y un anhelo de maravillar al público, compró la rueda a un artista de circo mexicano llamado Rulo, quien no solo entregó el equipo, sino que también les enseñó a dominar este arte acrobático con el que esperaban llamar la atención de nuevos visitantes. Los miembros del Circo Medellín absorbieron cada giro, cada equilibrio y cada truco, aprendieron a manejar la rueda y la pasaron entre los recién llegados. Lo que comenzó como una compra se convirtió en una transmisión de conocimiento, un legado que hicieron suyo.

La permanencia de catorce años del circo en el cerro y el constante cambio en su repertorio los ha convertido en el circo estable más importante de la ciudad, al mejor estilo de sus grandes influencias: Circo Carampa de Madrid, Big Apple Circus de Nueva York y Circo Ciudad de Bogotá.

Nosotros tenemos un reconocimiento de la gente, pero aquí estamos existiendo, resistiendo e insistiendo porque es muy duro. Hemos tenido momentos en los que hemos querido tirar la toalla. Ahora solo estamos haciendo la función de los domingos. Para la función del fin de semana anterior al del Día de la Madre debíamos dos meses de servicios, que es el plazo máximo que dan en Medellín antes de cortar... No sabíamos qué hacer. ¿Quién nos debe plata?, nadie. Prestamos aquí y prestamos allá, casi que de a quinientos mil, hasta que recogimos los tres millones doscientos para poder pagar y hacer la función. Al final no ajustamos ni las veinte personas ese domingo”.

A veces les llega una fuerte competencia, como esos meses en que se instaló en la ciudad el Circo de los Hermanos Gasca. El arribo de los mexicanos, con su esplendor internacional y sus trapeceistas voladores, trajo consigo una sombra que eclipsó la poca luz que emanaba el circo local. “Son más caros y todo, pero nos quita mucho público. Ellos ahí son muy visibles, tienen los parqueaderos pegados y el circo se ve, aquí la carpa no se ve de afuera y eso es un problema. Estamos aquí de pura resistencia” dice Carlos y sus mejillas se desinflan como sus bolsillos.

La figura del Astley’s Amphitheatre inspiró a Carlos para darle a Medellín un circo fijo que siguiera ese modelo inglés de un circo con intenciones de escuela, es por ello que tienen el sueño de formar una escuela y eso les impide el carácter de itinerancia con el que saben que pueden aumentar sus ingresos. “Si nos empezamos a mover entre pueblos entonces los estudiantes no nos podrían seguir y dejar sus vidas por ir con un circo”. Escoba nueva barre bien, y ellos tienen unas cerdas que ya poco pueden recoger. Sus arcas están llenas, pero de deudas, y las alternativas que les ofrece el ser una carpa fija se van quedando en la obsolescencia. Estos años de sedentarismo los ha encerrado en un círculo, una rueda Cyr en la que no los visita gente porque, según ellos, no

hay manera de invertir en publicidad, y no hay dinero para invertir en publicidad porque no los visita gente.

Los Titiritrastos concursan en las convocatorias de Salas Abiertas de la Alcaldía de Medellín y Salas Concertadas del Ministerio de Cultura, ahí está la rentabilidad que les ha permitido hacer del espectáculo un negocio, aunque para su director sea la manera de sostenerse “ras con ras”. Hace tres años vienen ganando los concursos y con eso pueden sostener los servicios, el mantenimiento del circo y tener reservas para cuando las ganancias de los artistas son menores a los pasajes que se gastan. “Estos años ganamos en franca lid, uno tiene que presentar propuestas y vencer a otros. De 100 puntos sacamos 92, con eso nos dieron sesenta millones por cada convocatoria. Si no es por esa plata no nos podríamos sostener, al menos con eso podemos pagar los servicios”. La suma de los gastos por servicios públicos del Circo Medellín, según la cifra de un millón seiscientos mil mensuales que indicaba Carlos, da un gasto total de diecinueve millones doscientos mil y un restante de casi cien millones. No pagan por el lote, pues ese terreno de siete mil metros cuadrados en el que residen está bajo la figura de comodato, con sus cinco perros recogidos de la calle a los que cuidan como miembros peludos de la familia circense compuesta por diez artistas y ocho gestores administrativos. Cada domingo se reúnen los dieciocho miembros para recibir, en promedio, a veinte personas que los visitan. Si las funciones fueran partidos de fútbol, casi que cada miembro tendría que hacer un marcaje personal a cada visitante.

“Aunque a veces hemos tenido días muy buenos, de la mitad del año para allá o cuando se celebra la semana del niño y nos visitan colegios, ahí tenemos funciones récord de cincuenta a cien asistentes”. Cuando el barco no va bien, que es casi en todo el año, los artistas resisten y añoran las visitas de los colegios. “Yo tengo un equipo de artistas maravillosos, cuando vienen veinte personas nos hacemos cuatrocientos mil pesos y eso hay que repartirlo entre todos. A veces nos toca de a treinta o veinticinco, cuando nos va muy bien nos toca de a sesenta o setenta. Un domingo terminan la función a las 6:00 y se van al circo de los Daza o a los semáforos”.

Los artistas no tienen un sueldo. El pago llega con la cantidad de visitantes que dan el diezmo de veinte mil pesos por función. Solo una vez tuvieron un contrato anual con Comfama y se pagaban quincenas que componían el sueldo de los miembros del circo: “nosotros llevamos 14 años acá y esa es la única vez que hemos tenido una retribución mensual. Acá llega una función y nos repartimos una plata entre nosotros y toca dejar otro pedazo para mantener el circo. Esto nos da ras con ras, no es rentable y lo hacemos por vocación”.

Carlos tiene su casa y carro propios. Sus años en el mundo del espectáculo le han dado una fama con la que levantó a su familia a base de morisquetas y caras blancas. Los demás artistas no cuentan con la misma suerte de su



Figura 3. Carlos actuando

Nota. Carlos comenzó estudios en Derecho y luego en Historia, pregrados que abandonó para dedicarse al arte circense.

Fuente: fotografía propia.

director y sufren más cada fin de mes, lo que los obliga a trabajar en semana en semáforos, distribuir su jornada dominical en otras carpas o pedirle prestado para suplir el arriendo.

Los artistas llegan corriendo de otros compromisos. Chochi, el payaso principal, mira la hoja de papel en la que Diana Uribe anota con lápiz el turno de cada presentación. Va siendo la hora y no han llegado los diábolos: “Al circo y a Carlos les voy a agradecer siempre. A mi hijo le digo que en este arte aprendí a ser una persona antes que un artista, que no vale solo entrenar las técnicas sino también el ser”, dice mientras se maquilla junto a Stephany, una artista volante que se encarga de hacer sus números colgando de un aro; Manuelillo, el contorsionista que desenvuelve sus extremidades como si fueran miembros individuales de su cuer-

po; y Javier, payaso y maestro de ceremonia en cada presentación, hijo del famoso payaso Bebé de Animalandia.

Carlos se maquilla por aparte, es de los últimos en presentarse y lo hace en su camerino privado: una casa que parece de muñecas donde guarda toda su colección de elementos circenses. El director ni se da cuenta de que Victorino, el encargado de los diábolos, acaba de llegar y corre para alcanzar a caracterizarse: “Ojalá acá el circo fuera como en Bogotá, allá con tantos colectivos se ayudan mucho”, alcanza a mencionar mientras recoge el diábolo esquivo que no ha podido atrapar en el aire mientras calienta.

El circo se resiste hasta a sus propios miembros, quienes ante la frustración han querido acabar con el espectáculo de raíz y consumirlo todo a cenizas:

Hace seis años tuve una depresión en la que dije: voy a quemar este hijueputa circo, lo voy a regalar, lo voy a destruir. Nadie viene, ni mi familia, ni mis amigos. Una vez me desesperé tanto que hice todo el plan, iba a comprar un ataúd, lo iba a poner afuera con cuatro velas y toda la parafernalia: carteles de funeraria que dijeran: ‘invitados todos a las obras fúnebres del Circo Medellín’. Lo iba a velar toda la noche, me sentaba a llorar como una güeva y a tomar aguardiente para que se viera eso bien tétrico. Al otro día planeaba subir como un loco y quemar todo esto... igual a nadie le iba a importar.

Los pensamientos incendiarios de Carlos cesaron desde que empezaron a ganar las convocatorias públicas. La llama de la impotencia, que antes ardía con la rabia de no poder mostrar sus actos a un público considerable, se suavizó; las recompensas de Salas Abiertas y Salas Concertadas no solo consistían en prestigio y recursos, sino en una validación que lo calmó, aunque su disgusto por el apoyo estatal sigue sumándole líneas de expresión en su rostro. “El alcalde Quintero prefirió traer tres orquestas famosas en Navidad y pagar una millonada en vez de contratarnos a todos los artistas de circo de Medellín, por todo el mes, y le adornábamos las calles con nuestros vestuarios, carantoñas y gestos”.

El plan para llenar todos los asientos es un reto al que le piensan cada día. Una vez lo lograron con el apoyo del mago Gustavo Lorgia, quien los promocionó y se presentó por quince minutos. Sueñan con ganchos que les permitan darle visibilidad a su barco, como presentar por diez minutos a Suso o al Parcerero del Popular 8, buscan unirse a La Tiquetera y aparecer en sus páginas web como pequeñas casillas en los bordes que les de algo de visibilidad.

“Más que formar a los muchachos como artistas queríamos formar era ciudadanos. Acá no tenían que saber nada más que ser personas, ser hombres libres que no fueran esclavos de la droga o del jefe de la banda armada del barrio”. Carlos trabaja una propuesta de circo social con la que ha buscado cambiar vidas desde que visitó el circo de Animalandia, con sus profesores de la escuela, en el Palacio de Exposiciones. Quiere usar los malabares y las carantoñas como herramienta de transformación social, aunque condena el egoísmo de muchos de sus pupilos. “Si ellos son beneficiarios del saber de circo deberían entregarlo a otros, pero no, terminan cerrando el grupo. Si a mí el arte me salvó la vida, ¿por qué ellos no pueden salvar a muchos más?”

Carlos se levanta porque ya va a comenzar la función y los asistentes ya suman los dos dígitos. Una de las visitantes lo saluda con su hija, una pequeña rubia de coletas que no identifica si el hombre con cara blanca y ropa colorida que ha visto en fotos es el mismo viejo que abraza a su madre. Él amenizó su reunión de 15 años, a la que lo llevaron porque la familia de la adolescente decía que era muy mimada. La recuerda y la abraza mientras ve la esperanza de todo un equipo depositada en la hija que asistirá, por primera vez, a la función que se presenta en el Cerro Nutibara. El reto es claro, no dejarse vencer por un público que ha marginalizado el espectáculo circense y lo ha dejado en el costado. Ahora los niños no sueñan con las narices rojas y los trucos de los magos y todos en la carpa lo saben. “¿Que si el circo se va a acabar? ¡Jamás! Mientras hayan güevones como nosotros esto jamás se va a acabar... Eso sí, cada vez somos más poquitos”.